

Y en tierra, la condición frecuentemente pantanosa del suelo, la impenetrabilidad de la vegetación, las dificultades para tomar puntos de referencia que permitan la orientación, aparte de los incontables peligros que puedan surgir de la fauna, es evidente que dificultan en grado sumo cualquier posible expedición.

Recordemos cómo concluye la más conocida de sus novelas, centrada, claro está, en la selva amazónica, José Eustasio Rivera:

El último cable de nuestro cónsul, dirigido al señor ministro y relacionado con la suerte de Arturo Cova y sus compañeros, dice textualmente:

Hace cinco meses búscalos en vano Clemente Silva.

Ni rastro de ellos.

Los devoró la selva¹⁷.

Y esto se escribía en 1923.

¿Qué de extraño puede tener, por consiguiente, que en el siglo XVI no se desarrollase el deseo descubridor por semejante inmensidad?

Y, sin embargo, hubo dos expediciones que recorrieron toda la cuenca del Amazonas, desde su nacimiento, hasta la desembocadura en el Atlántico. Lo que durante tales viajes ocurrió, más cerca pareció estar de lo imaginario que de lo real.

Las primeras noticias del río datan de 1500 y son las que facilitaron Vicente Yáñez Pinzón, el Dr. García Hernández, Diego de Lepe y el comendador Alonso Vélez de Mendoza, quienes habían avistado su desembocadura y por ella intentaron internarse, aunque sólo recorrieron el curso terminal.

Habría de pasar casi medio siglo hasta que Francisco de Orellana, desde Quito y acompañado por medio centenar de hombres, explorase todo su curso entre 1541 y 1542.

De este viaje poseemos un testimonio valiosísimo, cual es la *Relación* escrita por Fray Gaspar de Carvajal, un religioso dominico, natural de Trujillo, que formó parte de la expedición y que, por lo tanto, nos informa como testigo presencial¹⁸.

El texto fue conocido por Gonzalo Fernández de Oviedo, quien también trató personalmente a Orellana, y en cuya *Historia General de las Indias* lo incluyó¹⁹.

Por su parte, de este viaje también hablan con mayor o menor detenimiento, Francisco López de Gómara²⁰, Pedro Cieza de León²¹, quien conoció personalmente al P. Carvajal, Toribio de Ortiguera²², el Inca Garcilaso²³ y, desde su retiro en Tunja, Juan de Castellanos recordará al capitán extremeño:

Con quien yo tuve gran conocimiento²⁴.

La aventura de esta primera expedición la inicia Gonzalo de Pizarro desde Quito y no deja de ser curioso que precisamente Orellana se mostrase partidario de intentar el descubrimiento por tierra.

Se siguieron las huellas del asturiano Gonzalo Díaz de Pineda, quien había surcado ya los cauces de los ríos Cosanga y Coca, cabecera norte, por lo tanto, del Amazonas.

¹⁷ José Eustasio Rivera: *La Vorágine*, México, Porrúa, 1971, pág. 151.

¹⁸ Fray Gaspar de Carvajal: «*Relación*», en *La aventura del Amazonas*, edición de Rafael Díaz, *Crónicas de América*, Madrid, Historia 16, 1986.

¹⁹ Gonzalo Fernández de Oviedo: *Historia General y Natural de las Indias*, BAE, Madrid, Atlas, 1959, Vols. 117-121.

²⁰ Francisco López de Gómara: *Historia General de las Indias*, BAE, Vol. XXII, Madrid, Atlas, 1946.

²¹ Pedro Cieza de León: *Crónica del Perú*, Cuarta parte, *Las guerras civiles del Perú*, Libro II, «*La Guerra de Chupas*».

²² Toribio de Ortiguera: *Jornada del río Marañón*, BAE, vol. 216, Madrid, Atlas, 1968.

²³ Inca Garcilaso de la Vega: *Comentarios Reales de los Incas*, BAE, vols. 132-135, Madrid, Atlas, 1968.

²⁴ Juan de Castellanos: *Elegías de varones ilustres de Indias*, BAE, vol. 4, Madrid, Atlas, 1944, pág. 156.

El objetivo del gobernador Pizarro consistía en buscar el árbol de la canela, según declara insistentemente el padre Carvajal:

y por la mucha noticia que se tenía de una tierra donde se hacía la canela, por servir a Su Majestad en el descubrimiento de dicha canela, (...) ²⁵.

Las especias, una vez más, se convertían en acicate para el desarrollo de unos acontecimientos propios para la más fantástica de las imaginaciones. Y, sin embargo, Fray Gaspar es hombre preocupado por el rigor histórico, hasta el extremo de dejar neta constancia de su presencia o ausencia de los hechos narrados:

y aunque esto que he dicho hasta aquí no lo vi ni me hallé en ello, pero informéme de todos los que venían con el dicho Capitán, porque estaba yo con el dicho Gonzalo Pizarro y le vi entrar a él y a sus compañeros de la manera que dicho tengo; pero lo que de aquí en adelante dijere será como testigo de vista y hombre a quien Dios quiso dar parte de un tan nuevo y nunca visto descubrimiento, como es éste que adelante diré ²⁶.

La violencia de la naturaleza, las amenazas de encuentros armados, las hambres extremas, el peligro permanente de lo desconocido, serán compañeros inseparables de los expedicionarios, que en todo momento intentarán sobreponerse a las circunstancias.

A veces, incluso, coinciden varios de estos elementos:

porque aunque quisiésemos volver agua arriba no era posible por la gran corriente, pues tentar ir por tierra era imposible: de manera que estábamos en gran peligro de muerte a cabeza de la gran hambre que padecimos; (...) y entre tanto, a falta de otros mantenimientos, vinimos a tan gran necesidad que no comíamos sino cueros, cintas y suelas de zapatos cocidos con algunas hierbas, de manera que era tanta nuestra flaqueza que sobre los pies no nos podíamos tener, que unos a gatas y otros con bordones se metieron en las montañas a buscar algunas raíces que comer, (...) ²⁷.

Sin embargo, en tales circunstancias, se yergue siempre la personalidad de Orellana, que parece elevarse sobre las adversidades, imbatible al desaliento. Así, cuando Pizarro ordena construir un barco porque se decidió a seguir el cauce del Coca,

el capitán Orellana, visto esto, anduvo por todo el real sacando hierro para clavos y echando a cada uno la madera que había de traer, y desta manera y con el trabajo de todos se hizo el dicho barco ²⁸.

Precisamente, su condición arrojada y decidida será la que motivará la separación del grueso de las fuerzas mandada por Gonzalo Pizarro para internarse en las entrañas del continente. Viene a ser algo así como la mítica quema de las naves de Cortés, pues cuando al inicio del viaje comienzan a dejarse sentir los primeros descontentos por lo intenso de las fatigas que se presentaban y, consiguientemente, se plantea la posibilidad de regresar, y abandonar la empresa,

el capitán Orellana, viendo lo que pasaba y la gran necesidad en que todos estaban, y que había perdido todo lo que tenía, le pareció que no cumplía con su honra dar la vuelta sobre tanta pérdida, y así se fue al dicho Gobernador y le dijo cómo él determinaba de dejar lo poco que allí tenía y seguir río abajo, (...) ²⁹.

²⁵ Carvajal: Op. Cit., pág. 39.

²⁶ Carvajal: Op. Cit., pág. 40.

²⁷ Carvajal: Op. Cit., págs. 43-44.

²⁸ Carvajal: Op. Cit., págs. 41-42.

²⁹ Carvajal: Op. Cit., pág. 42.

Luego vendrán las dificultades impuestas por la corriente del río que impide regresar a dar cuenta al gobernador y que motivarán la separación del grupo mandado por Orellana. Serán dificultades reales o exageradas —no es ocasión de entrar ahora en la polémica de si Orellana se sintió materialmente aislado de Pizarro o si se decidió a romper su dependencia de él—, pero, al menos, alegadas.

Y, una vez más, surgirá la capacidad decisoria del caudillo animoso, quien se decide a construir un segundo bergantín sin contar con medios para ello:

E por no perder el tiempo ni gastar la comida en balde, acordó el Capitán que luego se pusiese por obra lo que se había de hacer, y así mandó aparejar lo necesario, y los compañeros dijeron que querían comenzar luego su obra; y hubo entre nosotros dos hombres a los cuales no se debe poco, por hacer lo que nunca aprendieron, y parecieron ante el Capitán y le dijeron que ellos, con ayuda de Nuestro Señor, harían los clavos que fuesen menester, que mandasen a otros hacer carbón. Estos dos compañeros se llamaban el uno Juan de Alcántara, fidalgo, natural de la villa de Alcántara, y el otro Sebastián Rodríguez, natural de Galicia; y el Capitán se lo agradeció prometiéndoles el galardón y pago de tan gran obra; y luego mandó facer unos fuelles de borceguies, y los demás compañeros mandó que de tres en tres diese buena hornada de carbón, lo cual se puso luego por obra³⁰.

Pero, aparte de ser el hombre de ingenio capaz de solventar las situaciones más angustiosas, es el jefe nato, consciente del prestigio con que cuenta ante sus subordinados, de quienes, por otro lado, parece estar siempre pendiente, como en el caso de una de esas agudas hambrunas a las que ya hemos aludido y de la que nos cuenta Fray Gaspar:

Con esta fatiga dicha iban algunos compañeros muy desmayados a los cuales el Capitán animaba y decía que se esforzasen y tuviesen confianza en Nuestro Señor, que pues Él nos había echado por aquel río, tendría bien de nos sacar a buen puerto: de tal manera animó a los compañeros que recibiesen aquel trabajo³¹.

También se nos presenta Orellana como hábil negociador con los indígenas, para lo cual se interesa vivamente por el conocimiento de sus lenguas:

Y visto esto por el Capitán, púsose sobre la barranca del río y en su lengua, que en alguna manera los entendía, comenzó de hablar con ellos y decir que no tuviesen temor y que llegasen, que les querían hablar; y así llegaron dos indios hasta donde estaba el Capitán, y les halagó y quitó el temor y les dio de lo que tenía, y dijo que les fuesen a llamar al señor, que le quería hablar, y que ningún temor tuviese que le hiciese mal ninguno; y así los indios tomaron lo que les fue dado y fueron luego a decirlo a su señor, el que vino luego muy lucido donde el Capitán y los compañeros estaban y fue muy bien recibido del Capitán y de todos, y le abrazaron, y el mismo Cacique mostró tener en sí mucho contentamiento en ver el buen recibimiento que se le hacía³².

Es evidente que resulta prácticamente imposible que Orellana conociese la lengua de los *imarais*, pues a tales indios alude el texto, pero al menos sí podemos suponer que dominaba alguna variedad lo suficientemente próxima como para permitir el establecimiento de una comunicación, por elemental que fuese.

³⁰ Carvajal: Op. Cit., pág. 48.

³¹ Carvajal: Op. Cit., pág. 44.

³² Carvajal: Op. Cit., pág. 46.

No obstante, el interés del explorador extremeño por las lenguas indígenas quedará de manifiesto cuando el padre Carvajal atestigüe:

En este asiento el Capitán tomó al indio que se había tomado arriba, porque ya le entendía por un vocabulario que había fecho y le preguntó que de dónde era natural: el indio dijo que de aquel pueblo donde le habían tomado; el Capitán le dijo que cómo se llamaba el señor desa tierra, y el indio le respondió que se llamaba Couynuco, (...) ³³.

No resulta necesario continuar con la transcripción del relato, ya que nos basta con el párrafo anterior para mostrarnos, por un lado, la confección de un *vocabulario* y, por otro, el relativo conocimiento de ciertas modalidades lingüísticas amazónicas, pues queda claro que se mantuvo un diálogo y se trataba de lenguas habladas por gentes con las que éste era el primer contacto establecido por parte de los españoles.

Esta facilidad de Orellana para el entendimiento de las lenguas americanas debió ser conocida, pues se trata de un detalle significativamente recogido por Castellanos:

Por señas Orellana le hablaba
En el discurso deste su viaje,
Y todos los vocablos asentaba
Según comprehendía del salvaje;
Hasta ver si por ellos alcanzaba
Inteligencia cierta del lenguaje,
Porque tuvo de lenguas gran noticia,
Y para las hablar mucha pericia ³⁴.

Precisamente será a este indio capturado cerca de Trombetas a quien se le demandará información sobre las «amazonas».

Los españoles distinguieron algunas mujeres entre los indios que les combatían, las cuales evidenciaban destreza en el manejo de las flechas y ello fue suficiente para aceptar como real el mito de las mujeres guerreras, las «amazonas», quienes terminarían dando nombre al río, ya que hasta entonces se le había denominado «Marañón», o «Mar Dulce»:

La madre dél es tal y tan extensa
Que no la vio mayor hombre viviente,
Y así, por ser grandeza tan inmensa,
Mar dulce le llamamos comunmente ³⁵.

A partir de esta primera expedición se convertiría en el «Río de Orellana», el «Marañón» o el de las «Amazonas», término que acabaría por imponerse, con los siguientes desplazamientos de los demás.

Respecto a la verosimilitud de la existencia de mujeres guerreras en las riberas del río, Fray Gaspar de Carvajal nos ofrece un testimonio de incalculable valor:

y vinieron hasta diez o doce, que éstas vimos nosotros, que andaban peleando delante de todos los indios como capitanas, y peleaban ellas tan animosamente que los indios no osaron volver las espaldas, y al que las volvía delante de nosotros le mataban a palos ³⁶.

³³ Carvajal: Op. Cit., pág. 85.

³⁴ Castellanos: Op. Cit., pág. 157.

³⁵ Castellanos: Op. Cit., pág. 157.

³⁶ Carvajal: Op. Cit., pág. 81.